

sos el republicano cuando disparó y mató á su libertador. El marqués d'Autichamp , olvidándose entonces de la moderacion que habia manifestado en Turin , pegó fuego á varios lugares para vengar la muerte de su imprudente misionero. »

Sostenia el *segundo partido* que habiendo varias veces las potencias tomado las armas para humillar á los Borbones , y sobre todo para impedir que Luis XIV asegurase la corona de España á su nieto , lejos de reclamar su auxilio , era preciso al contrario reanimar el celo del clero , la lealtad de la nobleza , el amor del pueblo al rey y darse prisa á *estinguir una reyerta de familia* de la que tal vez intentarían los estrangeros aprovecharse.

« Las revoluciones no deben sus primeros sucesos mas que á esa funesta division entre los gefes de la emigracion , y á la impericia ó á la perfidia de los ministros de Luis XVI. Digo mas y mantengo , que no fué la asamblea nacional quien hizo la revolucion , sino los que rodeaban al rey y á los príncipes ; tampoco tengo reparo en decir que los ministros han entregado á Luis XVI á los enemigos de la monarquía , del mismo modo que algunos intrigantes han entregado á los príncipes y Luis XVIII á los enemigos de la Francia ; sostengo , que la mayor parte de los cortesanos que rodeaban á los reyes Luis XVI , Luis XVIII y á los príncipes de la casa real , eran y son *charlatanes , verdaderos eunucos políticos* , y que todos los males que la Francia ha padecido y los que amenazan todavia al mundo entero , deben imputarse á su inercia , y á su cobardía ó á su traicion. Si mi apellido fuese ilustre y hubiera tenido parte en el consejo de los Borbones , no sobreviviria á la idea de que una horda de bandidos , tan viles como cobardes , de los cuales ni uno solo ha manifestado en ningun género ni ingenio ni talento superior , haya logrado derribar el trono , establecer su dominio en los estados mas poderosos de la Europa y hacer temblar el universo ; cuando me persigue esta idea me sepulto en la oscuridad de mi existencia que me pone al abrigo del vituperio , asi como me pnsó en la imposibilidad de detener los progresos de la revolucion.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## APUNTES

PARA

### ESCRIBIR LA VIDA DE M. THIERS

AUTOR DE ESTA HISTORIA.

Seria de estrañar que pues vamos á publicar las biografias de todos ó casi todos los personages que se nombran en esta historia , dejásemos olvidada la del ilustre autor de ella , en quien ademas de esta calidad que por sí sola bastaria á merecerle tal distincion , se reunen tambien otras circunstancias políticas para que su nombre resuene gratamente en España , y se desee conocer á fondo y con verdad toda su carrera hasta el dia de hoy , en que se encuentra al frente del consejo de ministros. Nos hemos valido para la redaccion de este artículo de las noticias que publicó hace poco tiempo Mr. Boilay en el suplemento al *repertorio de los conocimientos usuales*.

Luis Adolfo Thiers nació en Marsella en 1797 , y desde su mas tierna edad se separó de su familia paterna , criándose con unos parientes próximos de su madre , cuya honrada familia se ocupaba hace muchos años del comercio del Levante. A esta familia pertenecieron los dos hermanos José y Andres Chenier , de suerte que ya habia en ella dos personages célebres en la literatura. Con motivo de la interrupcion que sufrió el comercio durante la revolucion , quedó muy reducido el caudal de aque-

llos comerciantes, y así le vino muy bien al joven Thiers la beneficencia del gobierno imperial que le concedió lo que en Francia se llama *una bolsa*, ó lo que es lo mismo, pagar el estado la educación gratuita de algunos jóvenes pertenecientes á familias poco afortunadas. En los primeros años que pasó en el liceo de Marsella fué muy poco aplicado, como sucede generalmente á todos los niños que tienen demasiada viveza; hasta que un día le entró tan de pronto la gana de estudiar y lo tomó con tanto empeño, que en los dos últimos años que pasó allí, fué el discípulo mas brillante de las clases. Sobre todo se aplicó con ardor al estudio de las ciencias exactas, que se miraban con mayor atención entonces en los liceos, porque abrían la carrera militar á la juventud del Imperio. Mas luego que este cayó, entró Mr. Thiers en una escuela de derecho, y le enviaron á Aix para estudiar la jurisprudencia. En aquella ciudad como en otras muchas habia sus partidos entre los estudiantes, por un efecto natural de las agitaciones políticas que habian trastornado y trastornaban todavía la Francia, y como Mr. Thiers pasaba por ser uno de los mas instruidos y adelantados, se halló sin saber cómo siendo una especie de corifeo de partido entre los estudiantes liberales. Allí contrajo estrecha amistad con Mr. Mignet, que conformaba mucho con él en opiniones políticas, en afición á las letras, y en su predilección por los estudios históricos. Amistad que ha continuado en todas las situaciones de su vida, sin que la altere aquella rivalidad tan comun entre escritores que emprenden las mismas obras. La única diferencia notable que hay entre estos dos amigos consiste en la diferencia de carácter, pues el uno limita su ca-

pacidad al retiro de la vida administrativa, mientras que el otro parece como nacido para las grandes luchas parlamentarias, y así tomó la carrera de la tribuna, entregándose á todas las tormentas de la vida pública. Estos dos estudiantes, sin descuidar la asistencia á las cátedras para ganar las certificaciones, se entregaban juntos con mucho mas empeño al estudio de la historia, de la filosofía y de la economía política. Mucho antes de concluir la carrera de estudiante, ya encontró Mr. Thiers una ocasión de hacer en Aix mismo un ensayo literario, y fué que habiendo propuesto aquella academia un premio de elocuencia para el que mejor hiciese el elogio de Vauvenargues, el célebre moralista, se presentó Mr. Thiers al concurso y envió su composición cerrada. Mas cuando ya la academia iba á coronar su obra, los mismos amigos de Mr. Thiers lo echaron á perder publicando su nombre antes de tiempo, de que resultó que todos los académicos realistas le negaron su voto, diciendo que escribia muy bien pero que pensaba muy mal, y determinaron que no se concediese el premio á ninguno y que se difiriese el concurso hasta el año siguiente. Tuvo paciencia Mr. Thiers, pero juró vengarse y en efecto presentó el mismo elogio al concurso. Enviaron de Paris otro elogio de Vauvenargues, el cual naturalmente gustó mas y se le concedió el premio, otorgando á Mr. Thiers únicamente *el accesit*. Pero luego que se pronunció este juicio, faltaba abrir el pliego para saber quien era el vencedor y se encontró que era el mismo M. Thiers, que escarmentado con lo que le habia pasado el año anterior habia jugado aquella pieza á la academia con el mayor secreto. Este chasco tambien pegado no dejó de mortificar á la acade-

mia, pero tampoco dejó de influir mucho en el destino de Mr. Thiers: porque le abrió los ojos sobre la carrera que le convenia seguir, despues de haber hecho algunos ensayos en la que propiamente merece el nombre de abogacia, y asi se decidió por la literatura y resolvió marchar á Paris. Uno de los que mas contribuyeron á afirmarle en la resolucion de salir de la provincia fué Manuel, aquel hombre de tanto talento como buen corazon, que sabia distinguir á los que tenian capacidad y estaba siempre dispuesto á apoyarlos. Este y el señor duque de Larrochefoucauld Liancourt fueron los dos primeros protectores que encontró Mr. Thiers en la capital. El segundo de estos quiso tomarle por secretario suyo, pero Mr. Thiers no tuvo por conveniente aceptarlo, sino que siguió el consejo de Manuel de dedicarse á la carrera de los periódicos, para lo cual le presentó á Mr. Etienne, que era propietario y principal redactor del *Constitucional*. Este no tardó en conocer todo el partido que podia sacar de aquel talento, y se apresuró á nombrarle colaborador. Apenas principió su redaccion, cuando sus artículos sobre politica llamaron la atencion de todo Paris por el movimiento y originalidad de su estilo, de suerte que desde el primer año de su estancia en la capital, ya adquirió una posicion tan decente como debe prometérsela todo escritor distinguido que se agrega á uno de los diarios de primera nota. Se han esparcido mil simplezas sobre la escesiva pobreza en que tuvo que vivir Mr. Thiers los primeros años de su permanencia en Paris, pero es absolutamente falso; porque, como ya hemos dicho, adquirió muy pronto medios para vivir independiente. Pero no se crea que por haber empezado á ganar mas de lo absolutamente neces-

rio, se dispensó Mr. Thiers de ir adquiriendo nuevos materiales, por medio de estudios serios, sin los cuales bien pronto se hubiera acabado el fondo de su redaccion, y particularmente cuidó de profundizar los estudios hitóricos, que son para el publicista y hombre de estado lo que es la anatomía para un médico. Dedicóse particularmente, siguiendo los impulsos de su inclinacion, á registrar todos los documentos originales de la historia contemporanea, por ser uno de los mas grandes dramas que haya presenciado la humanidad, y al paso que esto le servia para encontrar armas de que hacer uso en su profesion militante de diarista, iba haciendo provisiones para formar algun dia la historia de la revolucion. Apenas le ocurrió esta idea, cuando conoció por lo mucho que ya habia reunido cuanto le faltaba por adquirir. Una de las cosas que primero llamaron su atencion fué, que habiéndose tocado en la revolucion francesa todas las cuestiones importantes de gobierno, era indispensable estudiarlas todas, y no contentarse con la simple relacion de los hechos. Las cuestiones sociales, las políticas, las económicas, las administrativas, las militares, todo se habia tratado mas ó menos bien, con mas ó menos acierto en aquellas memorables asambleas, y era necesario comprenderlas todas bien, sopena de cometer mil errores que ocasionasen gran confusion para la inteligencia de los sucesos. Para ello procuró adquirir relaciones con las personas que habian sobrevivido en las diferentes carreras, á quienes sometió todas las dudas que le ocurrian sobre cualquiera de ellas. Uno de los que mas bondades tuvieron con él fué el Sr. baron Louis que era uno de los mas hábiles economistas de la época, y con él pasaba muchas mañanas lle-

vándose debajo del brazo un tomo de los presupuestos, en el que se iba iniciando en todos los secretos de la hacienda, y fue tanto lo que aprovechó en aquellas útiles lecciones que llegó á aclarar perfectamente aquel caos económico de la revolución.

Apenas emprendió aquella obra histórica, se entregó exclusivamente á ella, y cuando empezaron á salir los primeros tomos es increíble la popularidad que adquirieron en poquísimo tiempo. Por que es menester confesar que la historia de M. Thiers es una especie de revelacion, donde se explican los sucesos, los hombres y las situaciones con una claridad tal, que parece estarlas uno presenciando. Por mas talento y facilidad que supongamos á M. Thiers, no puede menos de concebirse la extraordinaria sugesion y retiro á que tuvo que dedicarse; pero esto no le privaba de concurrir á la casa de campo de M. Laffitte, llamada Maisons, donde tenian su cuarto preparado él, Manuel y Beranger. Allí fué donde por espacio de muchos meses estaba trabajando en su historia, mientras que Beranger componia sus bellas é inimitables canciones. Por la noche se comunicaban los tres amigos el fruto de sus ocupaciones durante el día, y los domingos venia M. Laffitte á alegrarlos y divertirlos con otras varias gentes. Aunque M. Thiers es un trabajador infatigable, no por eso deja de conciliar el estudio con distracciones mundanas tomadas con la debida moderacion. La corte de la restauracion no dejaba de ser triste, pero tampoco impedia que hubiese en Paris bastantes tertulias brillantes, que unas pertenecian á la gente puramente rica, como los banqueros, otras á la gente de administracion y otras por fin á la di-

plomacia. Las principales entre todas estas eran las de Mr. Laffitte y Casimir Perrier, la de Mr. Flahut y la de Mr. de Talleyrand, á todas las cuales concurría M. Thiers, y en todas era apreciado por su mucho talento. La mas escogida de estas tertulias era sin disputa la del último, donde se reunía la aristocrácia liberal, muchos diplomáticos y la juventud escogida á quien el dueño de la casa mostraba siempre la mayor amabilidad. En ella habia dos escuelas rivales, que eran la doctrinaria y la revolucionaria, compuestas por una parte de los señores Remusat, Duvergier de Hauranne, Duchatel, Dumont y Piscatory, jóvenes todos que pertenecian á la clase elevada por las relaciones de su familia, y al mundo literario por su talento. Muchos de ellos publicaban escritos apreciables en el *Globo* y en la *Revista francesa*, y reconocian por gefes suyos al señor duque de Broglie y á Mr. Guizot. Por la otra estaban Mr. Thiers y Mr. Mignet, que ya tenian reputacion de buenos publicistas é historiadores; estaban rehabilitando con sus obras la revolucion francesa y pertenecian al partido de la oposicion, representado por Mr. Laffitte y por Manuel. Entre estos jóvenes divididos en dos campos, no puede decirse que habia envidia, sino una noble rivalidad de talento y la diferencia de sus opiniones consistia en lo siguiente. Los doctrinarios desechaban toda idea de revolucion, creyendo que la dinastía legítima acabaria por reconciliarse con el gobierno representativo. La escuela liberal no creia posible esta reconciliacion, y así daba por supuesto el inevitable desenlace de una revolucion, Pero estas disidencias no impedían á los unos ni á los otros hacer comunes esfuerzos para poner en práctica con sinceridad el

gobierno representativo. Por desgracia la mala voluntad de la restauracion, no tardó en disipar todo género de dudas acerca de la conspiracion patente de la dinastia legítima. El dia que se publicó el nombramiento del ministerio Polignac, que fué el 8 de agosto, se pusieron completamente de acuerdo las dos oposiciones. Pero creyeron algunos de los mas decididos amigos de la libertad, que la oposicion no tenia bastantes armas con que combatir al poder que estaba desafiando la opinion general de la Francia, y entonces propuso Mr. Carrél á Mr. Thiers la idea de fundar el *Nacional*, y en efecto habiendo concluido este ya su *Historia de la revolucion francesa*, que gozaba de una voga inmensa, conoció que habia llegado el momento de volverse á entregar del todo á los debates políticos, y así fundó el *Nacional* y fué su primer redactor. Al tomar esta resolucion comprendió Mr. Thiers que era indispensable dar ya por incorregible á la dinastia, y por consecuencia que el mal de que la Francia se quejaba, no consistia en los ministerios, sino en ella, y así era menester atacarla directamente. Para hacer esta guerra enarboló Mr. Thiers la bandera de la monarquia representativa, sin salir de la carta constitucional, obligando al trono á someterse á ella ó á romper de una vez. Bien habia previsto que en efecto romperia, y aun por eso la idea del *Nacional* desde su creacion fué el *Orleanismo*, como se dejaba inferir de muchos de sus primeros números, sin embargo de que por entonces jamas habia visto Mr. Thiers al duque de Orleans. Apenas apareció el *Nacional*, hizo un efecto inmenso y mucho mas cuando se atrevió á establecer el principio de reusar el presupuesto inmediatamente que

Carlos X nombró por ministro á Polignac. Habia insinuado Benjamin Constant la idea de cercenar todos los créditos destinados por la ley de hacienda á los diferentes servicios públicos, pero se opuso á ella Mr. Thiers diciendo, que reducir estos servicios era lo mismo que castigar á la administracion de las faltas del gobierno y ponerla á pan y agua, con cuyo régimen se vive mal, pero al fin se puede en todo rigor vivir. El propuso un expediente mas decisivo, cual fué el de votar sin reduccion todos los servicios, y reusar el presupuesto, porque despues de semejante voto no hay mas que dos cosas posibles, ó mudar el ministerio ó romper con la carta. Efectivamente así sucedió, pues que Carlos X tomó el partido de publicar las ordenanzas ó decretos de julio.

Terrible dia fué aquel para la imprenta, por lo mismo que ella era la primera atacada y la que debia dar el ejemplo de someterse ó resistirse al despotismo. El dia 26 de julio se reunieron espontáneamente los diaristas en las oficinas del *Nacional*, y era la opinion general que cada uno protestase segun le dictára su valor contra semejante medida; pero se opuso M. Thiers diciendo: que de nada servian en las circunstancias unos artículos mas ó menos violentos, sino que era necesario un acto comun en que se espresara claramente la resolucion de no obedecer, dando á los ciudadanos el ejemplo de la resistencia. Aceptóse la proposicion, é inmediatamente redactaron la protesta de Thiers, M. de Remusat y M. Cauchois Lemaire. Luego que se concluyó se trató de firmarla y poner su firma en apuel caso equivalia á poner la cabeza; pero se firmó. Al dia siguiente

apareció la tal protesta en todos los diarios de la oposicion y produjo el mejor efecto en Paris. Mas como el gobierno por su parte habia sacado la espada de la baina, no era ciertamente para retroceder en presencia del primer acto de resistencia, y así dió inmediatamente orden á sus agentes para ir á poner los sellos en todas las imprentas donde se hubiese estampado aquella provocacion á la rebelion. Uno de los primeros en quienes se ejecutó esta medida de policia fué en el *Nacional*, donde M. Thiers y sus amigos protestaron nuevamente contra aquella ilegalidad, y tomaron testimonio de que solo cedian á la violencia. El agente que estaba encargado de aquella penosa comision se condujo con la mayor suavidad posible, presentándose con mucha atencion y contentándose, como para descargo de su conciencia, con romper una de las piezas del mecanismo de la imprenta; fingiendo que quedaba persuadido de que dejaba inútil la prensa. Pero á los pocos momentos ya estaba esta reparada y tirando por miles los ejemplares de la protesta que debia esparcirse por Paris y exaltar las cabezas de su poblacion, ya sobradamente irritada. Las oficinas del *Nacional* sirvieron de cuartel general á la insurreccion, y alli se reunieron gran numero de electores á concertarse acerca de los medios de defender, en nombre de todo el cuerpo electoral, las leyes que acababan de violarse. Pero ya el pueblo habia empezado á tomar parte en la resistencia y estaba protestando á tiros por las calles, y podia decirse con igual verdad lo que dijo M. de Larrochefoucauld en 1787: *no era un motin sino una revolucion*. Sabido es lo que pasó en aquellos tres dias, y que seria inoportuno reproducir en este

lugar. Pero concluido el combate era necesario decidir lo que debia hacerse despues de la victoria, porque el pueblo habia principiado por echar abajo y hacer pedazos las insignias de la monarquia, y daba indicios de haber roto enteramente á lo menos con la de Carlos X. Mas en las deliberaciones que tenian entre sí los hombres políticos, habia muchas dudas en pasar desde una dinastia á otra, y esta especie de consejo de estado se celebraba en casa de Mr. Laffitte. Allí el general Sebastiani, Beranger, Mr. Thiers y Mr. Mignet apoyaban y afirmaban la resolucion de Mr. Laffitte, que estaba por el duque de Orleans, y sin perder tiempo Mr. Thiers hizo circular por medio de su periódico una proclama en favor del duque. Siguieron este ejemplo otros varios periódicos, pero sin embargo estaba muy indecisa la reunion de los diputados, que miraba como temerario tomar aquel partido. Mientras que estos señores vacilaban sobre romper ó no del todo con la dinastia lejitima, se anunciaba en el ayuntamiento otra idea mas atrevida, cual era la de romper del todo con la monarquia y declarar república á la Francia. En este conflicto de opiniones contrarias, como existian, por decirlo así, dos gobiernos á un mismo tiempo, uno en el ayuntamiento y otro en casa de Laffitte, andaba M. de Semonville presentándose ya en uno ya en otro para negociar en nombre de Carlos X. En el ayuntamiento le respondió Lafayette: *ya es muy tarde*; mas en casa de Laffitte, á pesar de la resolucion bien terminante de este último, del general Sebastiani y de algunas otras personas y á pesar tambien de los gritos que estaban dando en el patio donde aclamaban al duque de Orleans, ha-

bia un gran número de diputados dispuestos á tratar con el plenipotenciario de Carlos X. Pero al fin consiguió Mr. Thiers decidir á estos últimos, haciéndoles reflexiones sobre lo que podia temerse de lo que estaba pasando en el ayuntamiento, de suerte que la mayoria se resolvió á optar entre las dos opiniones la mas moderada. Solo M. Laffitte y Sebastiani pusieron la dificultad de que no estando en relacion con el duque de Orleans no podian estar seguros de su adhesion, y entonces le preguntaron á Mr. Thiers si quería ir á Neuilly á llevarle al príncipe las proposiciones y recibir su respuesta. M. Thiers aceptó la comision y no pudo ver al duque, pero fué recibido por la augusta familia del príncipe, la cual le declaró que en caso que el duque no pudiera ir á Paris, iria á lo menos una parte de su familia, y esta fue la respuesta que trajo Mr. Thiers. En aquel intervalo se habian trasladado los diputados desde la casa de Laffitte al palacio Bourbon donde está la cámara, y luego que Mr. Thiers les comunicó la respuesta, vieron que habia llegado el momento de tomar un partido, mas no tan de pronto que no durase la discusion desde el medio dia hasta las seis de la tarde. Tanto era lo que recelaban de cometer una temeridad, deponiendo un rey y creando otro. Es muy probable que la reunion no hubiese tenido la energía necesaria para tomar aquella resolucion extrema, si M. de Remusat no hubiese discurrido un medio término, cual fué el de que se nombrase al duque de Orleans teniente general del reino. Aceptóse aquella transaccion, pero quedaba todavía una dificultad que vencer, y consistia en la duda de cómo seria recibida en el ayuntamiento aquella resolucion de los diputados, porque sien-

do esta tenencia general un camino para el trono, no se sabia como le sentaria al partido republicano. Enviaron á M. de Remusat en comision á M. de Lafayette para decidirle en favor del duque, y cierto no se podia escoger un negociador mas capaz que él para persuadir al general, de quien era pariente por su muger. Le hizo varias reflexiones casi todas personales, diciéndole que pues en caso de república no podia haber otra que la de la forma americana, siendo él su presidente, considerase si la edad en que se hallaba le prometia bastante fuerza y autoridad para gobernar la Francia en crisis en que ésta se hallaba. El general Lafayette no era hombre para poner un instante en balanza sus propios intereses ni su ambicion respecto de los de su patria; y asi dió inmediatamente su adhesion y se proclamó teniente general al duque de Orleans. Este recibió la noticia de su nombramiento por una diputacion de la cámara y se fué aquella misma tarde á Paris, y Mr. Thiers tuvo por primera vez la honra de ser admitido á su presencia. Allí principiaron esas relaciones de gran confianza con que el nuevo rey no ha cesado de honrar á Mr. Thiers, confianza que no han destruido despues ni los dissentimientos politicos, ni una dimision ministerial, ni las mas viva oposicion parlamentaria.

No era ya posible que despues del 9 de agosto dejase Mr. Thiers de entrar en los negocios, puesto que habia conquistado en cierto modo el derecho á ellos. Quisieron por de pronto colocarle en la secretaria de negocios estrangeros, pero el duque de Broglie y el baron Louis le hicieron dar plaza en el consejo de estado, queriendo este último, cuando le dieron el ministerio de hacienda, nombrarle secretario general de su departamento, porque de-